

# Un rayo de sol



**Belisario Betancur.**

Palabras al entregar su biblioteca personal en donación a la Biblioteca de la UPB. Medellín, septiembre 9 de 2006.

# Un rayo de sol

Por Belisario Betancur.

Palabras al entregar su biblioteca personal en  
donación a la Biblioteca de la UPB: Medellín, septiembre 9 de 2006.

*"...este amigo fiel, que no traiciona, que permanece,  
que no se enfría ni congela, cuya capacidad amistosa  
aumenta con los años..."*

Rafael Maya.

*¡ay de quien no tiene libros íntimos!*

REFLEXIÓN DEL OFICIO

Después del verbo y el gesto vino la escritura, el gran instrumento de ascenso del ser humano por la escala del saber. Más tarde llegó la impresión: no se entendería la inmanencia y decantación de la cultura en el *homo sapiens*, sin el libro, llave del conocimiento, con el cual la humanidad ha hecho los grandes cambios de paradigmas y hacedor de revoluciones, como la que desató la imprenta subversiva del general Nariño en la alborada de nuestra independencia. Y pensar que cuando, en la mitad del siglo XV, en su taller de Maguncia, Gutenberg redescubrió la imprenta de antes inventada por los chinos, se murmuraba que aquello fracasaría porque muy poca gente sabía leer.

No siempre fue grato el destino del libro a través de la historia, a pesar de que se entiende que su límite es el infinito. Por ejemplo, en el año 593 antes de Cristo, en una visión se le ordenó al profeta Ezequiel que se comiera físicamente

el Génesis, para que pudiera explicarlo con mayor sabiduría al pueblo de Judá. Sócrates fue enemigo de la escritura y la lectura (que en la antigüedad se hacía en voz alta), porque las veía como un monólogo en el que no cabe preguntar. Siglos después, el Califa Omar dispuso la destrucción de la biblioteca de Alejandría (ahora reconstruida por sus correligionarios y por la UNESCO), a partir del sofisma de que si lo que había en ella coincidía con el Corán, sobraba; y si se oponía al Corán, era blasfema.

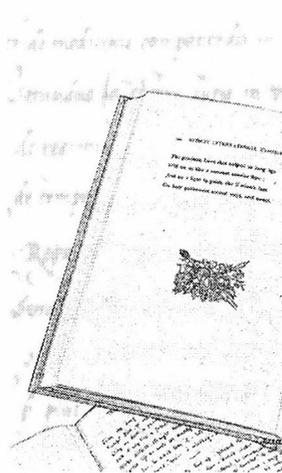
Ha habido y hay bibliómanos, seres poseídos por la pasión de los libros, que los adquieren como elemento decorativo, por metros, estatura y color, y los acumulan sin leerlos. También ha habido y hay bibliófilos, amantes del libro y sobretodo del libro lujoso -entre los que estoy, para mi placentera desventura-, fanático de las ediciones numeradas y de cantos dorados, seres delirantes y narcisistas que hacen de aquellos

ejemplares motivo de éxtasis contemplativo. Para ser justo he de reconocer que también aman los libros porque ellos han permitido que los sueños vuelen más alto que la quimera, hacia las grandes e incitantes utopías. La novelista bolivariana María Cristina Restrepo, dondequiera ángel de los libros que ella escribe y de los que cuida y mimaba con amor, al felicitar me por el rayo de sol de este arduo pero feliz desprendimiento, me recordaba que el emperador Adriano en la obra de Marguerite Yourcenar, comparaba el trabajo de fundar bibliotecas con el de crear graneros para combatir los inviernos del espíritu que presentía llegar: inviernos que nunca serán verano donde la educación sea carencia, en cualquier instancia de la vida donde no aparezcan los libros, puesto que ellos traen sabiduría, paz y progreso, y luego de leerlos ya no somos los mismos. Porque el que toca un libro, queda transido de libro y cambia: es, él mismo más libro.

Petrarca advertía que los muchos libros a unos hicieron sabios y a otros locos, como los de caballería a don Quijote, agrego yo. Por cierto que exégetas europeos hablan, a la manera de Erasmo, de un cierto tipo de locura: aquella que ante la quema de libros en *El nombre de la Rosa* de Eco, o en *Fahrenheit 451* de Bradbury, recomiendan que cada miembro del grupo social, se aprenda un libro de memoria, a fin de conservarlos.

Decía antes que el libro no ha sido siempre afortunado. En efecto, a finales del siglo XVII sir William Berkeley, gobernador de la colonia británica de Virginia en los Estados Unidos, escribía:

Agradezco a Dios el que no tengamos ni escuelas gratis, ni imprentas; y espero que no las tengamos por cientos de años. Porque el aprendizaje ha traído desobediencia, herejía y sectas al mundo; y la imprenta las



ha divulgado, lo mismo que libelos contra el mejor gobierno. Dios nos salve de ellos.

Sin embargo, en las bibliotecas aquellos amigos silentes iban adquiriendo una callada plusvalía, al punto de que desde el siglo XII eran admitidos por prestamistas como prenda hipotecaria. Y los revolucionarios franceses de 1789, confiscaron las bibliotecas de la burguesía y trasladaron sus libros a las bibliotecas públicas. La

bibliocleptomanía no era nueva: la biblioteca de Cicerón estaba llena de textos en griego, robados durante la ocupación romana.

Con razón, en la biblioteca del Convento de San Pedro en Barcelona, se lee este aviso:

Para aquel que robe o pida prestado un libro y a su dueño no lo devuelva, que se le mude en sierpe la mano y lo desgarré. Que quede paralizado y condenados todos sus miembros. Que desfallezca de dolor, suplicando a gritos misericordia, y que nada alivie sus sufrimientos hasta que perezca. Que los gusanos de los libros le roan las entrañas como lo hace el remordimiento que nunca cesa. Y que cuando, finalmente, descienda al castigo eterno, que las llamas del infierno lo consuman para siempre.

Y en la biblioteca de la Universidad de Salamanca se lee esta advertencia, que preside mi propia y viajera biblioteca:

Hai excomunión reservada a Su Santidad contra cualesquiera personas que quitaren, distrajeren, o de otro qualquier modo enhajenaren algún libro, pergamino o papel de esta bibliotheca, sin que puedan ser absueltos hasta que esté perfectamente reintegrada.

Señor Presidente, Doña Lina, Señor Arzobispo, Señor Gobernador, Señor Alcalde, Señor Rector, distinguidas personalidades, comunidad universitaria; mis hijos Beatriz y Diego, mi nieto Juan Camilo; señoras y señores:

Desde los filósofos presocráticos se sabe, y es bueno repetirlo, que para merecer hay que saber agradecer.

Pues bien, la Universidad Pontificia Bolivariana que ahora cumple setenta años de fundada, me recogió de un parque y me elevó a la alta esfera del saber; en su Biblioteca trabajé y desperté a la iluminación del conocimiento. Y gracias *al espíritu bolivariano* forjé mi propio espíritu en el yunque del deber.

Ahora, con el consentimiento de mi esposa Dalita; de mis hijos Beatriz, María Clara y Diego; de mis nietos Paula, Daniel, Natalia, Juan Camilo y Cristina; y de mi bisnieta Eloísa, entrego a la Bolivariana mi biblioteca; le doy mis *libros íntimos* reunidos a través de los años con parsimonia cadenciosa y lento discurrir, como una cantata de Bach; le entrego mis documentos y archivos comunes y de gobierno, la correspondencia, los acervos fotográficos, con la solicitud, que la Universidad ha aceptado, de que permanezca indivisible,

dinámica, creativa, bajo el nombre de: "*Colección Belisario Betancur*", abierta no solo a la comunidad universitaria, sino a los investigadores y a toda la ciudadanía: es decir, abierta a la cultura.

Quedan en los estantes jubilosos, pedazos de mi alma y de mi corazón, de los cuales me vengo despidiendo libro a libro como de viejos amigos. Estoy llorando hacia adentro de triste alegría, desgarrándome entusiásticamente a borbotones, pero en la plenitud radiante de saber que estamos realizando daciones a la Patria, que estamos haciendo país; y que por la red seguiré viéndome con los fieles compañeros de mi vida.

¡Borges decía que si hay paraíso, debe ser lo más parecido a una biblioteca: declaro solemnemente, ante notario, que, sin merecerlo, he vivido en el paraíso!.

Cuenta un historiador que al morir Petrarca en Avignon, la árida ciudad romana donde emperador erigió un altar al viento, se le encontró con la cabeza caída sobre un códice, como si hubiera escogido deliberadamente esa almohada para dormir en la eternidad. ¡Qué más quisiera este lector que, proporciones guardadas, Dios le deparara ese dulce destino!